



AFRICA SE MUERE DE SED

JEAN-FRANCIS HELD

S EQUIA sin precedentes en el Sahel. En los países que bordean el Sur sahariano, las cosechas se achicharran, los ganados mueren de hambre y de sed, los hombres casi siguen el mismo camino. ¿Por qué? ¿Quién tiene la culpa de que esto ocurra? ¿Cómo ayudar al Sahel? Los pueblos que viven en el Sahel difieren entre sí tanto o más que los pueblos de Europa. En lugar de sobrevolar la zona siniestrada a gran altura, Jean-Francis Held ha tratado de descubrir cómo se experimenta esta sequía desde dentro, cómo incide ésta sobre una etnia: la de los bororos, los extraordinarios pastores nómadas del Níger. Los bororos sufren, pero, en su manera de sufrir, no parecen conformarse a nuestros propios cánones. He aquí cómo viven los bororos o, mejor dicho, cómo tratan obstinadamente de vivir esperando la lluvia, que tal vez no llegue... o lo haga demasiado tarde.

No hay luna. Al comenzar la noche se ha calmado el viento harmatan, que sopla del desierto. El calor es menos insoportable que a pleno día, cuando el sol pega de lleno. Cuarenta o cuarenta y cinco grados en lugar de cincuenta.

Tumbado sobre el suelo, envuelto en la oscuridad, trato de describir los mil ruidos procedentes de la maleza. Cada tres minutos llega a mis oídos un estruendo horrible, como el de una moto cuando reduce súbitamente velocidad: se trata del gruñido de un joven camello. Recuerdo su cuerpo ridículamente flaco, privado de espesor, reducido a dos dimensiones.

Veo moverse otros cuerpos: son terneras atadas para que no se es-

capen, y que apenas parecen tener fuerza para nada. Un perro se arrastra.

¿Qué son esos golpes pesados, lentos, regulares? Enciendo la linterna. Son grandes vacas negras que pasan cabeceando, que avanzan vacilantes. Sus ojos aparecen rojos y translúcidos a la luz de mi linterna. A cada paso, estos animales balancean sus cuernos inmensos en forma de lira según un ritmo obsesivo que me rondó continuamente mientras duró mi estancia entre los nómadas bororos del Níger.

Más tarde me despiertan risas atronadoras. Hasta bien entrada la noche, los hombres del campamento se solazan, discuten, acucillados sobre esteras, dándose golpecitos en los muslos cada vez que cuentan algún chiste. Nuestro anfitrión es el joven jefe Sannda. Dos de sus hermanos, entre ellos Hoaré, que ha regresado esta misma tarde de una juerga celebrada por alguna otra etnia vecina. Hoaré habla algo de francés, lo que es excepcional entre los bororos. Están también presentes otros dos o tres personajes, llegados de un campamento que dista entre cinco y diez kilómetros del nuestro. Detrás de la sogá con la que están atadas las terneras, sobre lechos de madera tendidos entre las matas, duermen desnudos los niños y las dos mujeres, cada una junto a su ínfimo patrimonio, amontonado según la costumbre local.

Las bromas se intensifican. Durante las pausas se oyen sonoros pedos. Me acerco al grupo. Los hombres me dejan sitio en la estera para que no me pinche con el **crumcrum**. Circula entre ellos una calabaza de leche de cabra, en es-

tos momentos más preciosa que el oro. Sannda nos regalará también un cordero.

—¿Por qué se ríen tan alto? ¡Están tirándose pedos! —me contesta Hoaré, y suelta una carcajada—. Además, se cuentan chismes. ¿Sobre quién? Sobre los amigos y las mujeres que conocemos...

La otra noche, gracias a un joven intérprete que recogimos en Taha, pude interrogar al jefe Sannda. Este me dijo poseer más de cien cabezas de ganado del total de doscientas o trescientas pertenecientes al pequeño «clan» familiar. Desde hace un mes hay más vacas muertas que vivas, y las cosas van de mal en peor. Los animales no mueren de sed —todavía queda agua en los pozos—, sino de hambre. Hace semanas que deberían haber comenzado las lluvias, pero aún no han llegado. Este campo, que normalmente debería ser un buen pastizal, con la hierba alta hasta las rodillas, se ha convertido en un desierto de polvo amarillo, donde crecen algunos chaparros aislados que no dan sombra.

Si no llueve antes de diez días, antes de quince días como máximo, la catástrofe será total.

—Algunas resistirán más tiempo: las más jóvenes, las más fuertes —se discute con gestos precisos qué vacas serán las últimas en morir—.

—Y si muere todo el ganado, ¿qué será de los bororos?

—¡Será lo que Dios quiera!

—¿Cultivarán ustedes la tierra como los haussas?

—No sabemos hacer eso. El cultivo de la tierra no está hecho para nosotros.

—¿Irán entonces a la ciudad?

—Tal vez, si no hay más remedio.

Sannda me habla en estos términos por mi condición de extranjero. Admitir entre nómadas la posibilidad de que llegue a producirse la gran catástrofe sería una inconveniencia inimaginable.

—Si no hubiese sequía, habríamos organizado una gran fiesta en su honor con gente de otros campamentos. Habría habido danzas y jóvenes maquillados y adornados con plumas y vestidos soberbios. Si yo mismo voy tan mal vestido ahora mismo es por culpa de todo esto. No le quedan a uno ganas...

A pesar de todo, estas gentes, que tal vez mañana no puedan dar leche a sus hijos; estos hombres, que dentro de quince días no sean acaso los mismos; estas gentes, estos hombres, bromean y viven su vida sin desesperarse un solo instante, sin dejarse abatir por las circunstancias. La esperanza y la resignación combinadas forman parte de su *savoir-vivre*. Las infracciones a esta norma de conducta están mal vistas e incluso penalizadas. La sequía y la muerte del ganado, ya revistan o no carácter de catástrofe, forman parte del calendario nómada del Sahel. Se hace ni más ni menos que lo que se debe. Y si hay que comenzar otra vez desde cero, no importa.

Nada es irremediable, ni siquiera la destrucción. No vayan a pensar que estamos haciendo racismo fácil. Las cosas son como son, y estos hombres, los bororos, no son como nosotros, y tal vez tengan razón, a su manera. Pienso en los muchedumbres que he visto en Bengala y Calcuta, que parecen dejadas de la mano de Dios, sin recursos ni esperanza, sumidos en



LA REGION SAHELIANA ES LA ZONA DE TRANSICION ENTRE EL CLIMA SAHARIANO Y LAS REGIONES MAS REGADAS DE AFRICA CENTRAL. ES UNA FRANJA RELATIVAMENTE ESTRECHA QUE ATRAVIESA AFRICA DE PARTE A PARTE AL SUR DEL SAHARA, DESDE EL SENEGAL HASTA EL MAR ROJO. LA ESPECIAL SEQUIA QUE SE PADECE ESTE AÑO AMENAZA DE MUERTE A SEIS MILLONES DE PERSONAS EN TODO EL AFRICA OCCIDENTAL: SENEGAL, MAURITANIA, MALI, ALTO-VOLTA, TCHAD Y NIGER.

una especie de sueño moribundo. Aquí, no. Los hombres no renuncian a su condición de tales, y los bororos están orgullosos de su linaje.

Mientras duró mi estancia entre los «peuls», reí y bromeeé todo lo que quise. El hecho de tirarse pedos y darse codazos amistosos cuando la catástrofe parece inminente no se ajusta en absoluto a nuestros cánones. Entre los «peuls» he experimentado a menudo un sentimiento de ternura, una sensación de asombro, de inquietud, a veces, pero jamás de disgusto, como me ocurrió en medio del caos indio. Y ello se debe principalmente a la formidable cohesión que caracteriza a la sociedad de los «peuls», a su sistema cultural sólido como una roca. Los sedentarios de las otras etnias nigerianas sufren tanto o más que ellos, pero son flexibles, tienen mil recursos distintos. Los bororos nómadas están desarmados por culpa de su rigidez tradicional, pero ahí radica al mismo tiempo su fuerza. Los bororos no pueden cambiar. Esto, si bien les perjudica desde el punto de vista técnico, constituye su salvación desde una perspectiva moral. Tal vez sea ese el único medio que tienen de sobrevivir como pueblo digno de tal nombre.

Es verdad que esto que decimos no puede aplicarse a la totalidad de la zona saheliana siniestrada, y que no faltan las escenas de absoluta desesperación. En el Senegal, por ejemplo, la situación es horrible. En el Alto Volta, las gentes hurgan en los hormigueros para extraer algún que otro grano que poderse llevar a la boca. La cabaña mauritana ha quedado destruida en un 90 por ciento. En el Tchad, las gentes se

alimentan, cuando pueden, de semillas. Los habitantes del Mali rondan de un lado para otro sin tener qué beber. En el Níger, la situación es parecida, aunque hay que desconfiar de los testimonios de quienes se limitan a sobrevolar el territorio.

Prefiero hablar tan sólo de lo que he visto con mis propios ojos, desde Niamey hasta Agades y hasta el mismo Sahara. Imágenes duras, ciertamente. Pero en presencia de los bororos, que no son como todo el mundo, el drama induce a veces a reflexiones muy poco ortodoxas en torno a la sequía y a otras cosas. Porque no son lo mismo los bororos vistos desde dentro que vistos desde nuestra perspectiva occidental. Y me refiero sobre todo a los que yo conocí personalmente en torno al pozo de Maggia, mucho más arriba de Takalamat, en la región de Tahua, a más de seiscientos kilómetros de Niamey.

«Peul» o «peuhl» es un término incorrecto que los colonos franceses tomaron prestado de un dialecto vecino, y que significa «hombre de la maleza». En realidad, los «peuls» se llaman a sí mismos «fulbés». Desigualmente repartidos por todo el Sahel, a lo largo de la frontera meridional del Sahara, tal vez sumen seis millones, identificables sobre todo gracias a su lengua. Muchos «peuls» son sedentarios, otros siguen siendo nómadas, como los bororos, etnia que cuenta aproximadamente con doscientos mil representantes en el Níger. Esencialmente vagabundos, siempre a la busca de pastizales, de charcas originadas por las primeras lluvias, los bororos no son fáciles de seguir. A fuerza de mezclas han dejado de parecerse en muchos casos

al típico apolo nómada, cuyo incomparable porte todos ellos admiran. Sus antiguos esclavos aprendieron su lengua y se integraron en esa etnia. Ocorre, además, que cuando viajan, los «peuls» adoptan a menudo el nombre del grupo que los acoge.

Los bororos llegaron al Níger hace apenas un siglo. Se dice que procedían del Bornou, territorio al Sur del lago Tchad. Sin embargo, su propia tradición oral les confiere un origen mucho más lejano. Según esa tradición, es muy probable que procedan del mismo Sudán, en cuyo caso serían descendientes de los antiguos pueblos del Sahara, dedicados al pastoreo. Es muy posible. Si miramos los frescos de Tassili, que representan grandes bueyes negros de largos y puntiagudos cuernos, entre los que avanzan a grandes saltos hombres gacela armados de arcos y azagayas, nos daremos cuenta inmediatamente de la gran semejanza existente entre estos últimos y los bororos. Recientemente, Looote descubrió, en pleno Sahara, una serie de grabados rupestres que representaban un campamento. En esos grabados se reconoce perfectamente la cuerda para atar a las terneras del grupo, y la distribución estratégica del ganado es en ellos idéntica a la que rige entre los «peuls». Incluso los etnólogos más prudentes no creen que se trate de una simple coincidencia. Pero entre los «peuls», entre los bororos nómadas, nadie ha conservado las puras tradiciones pastorales ni la coherencia cultural con mayor fidelidad que las gentes que yo conocí lejos de Tahua, hacia el Noroeste: nadie las ha conservado mejor que el linaje Wodaabe.

Korbo y Mogogo

¿Hacia dónde habían dirigido sus pasos los bororos en aquellos momentos en que resultaba difícil hasta encontrar una simple paja? Los nómadas atraviesan el Sahel en todas las direcciones, sin preocuparse de fronteras, abandonando las vacas muertas o moribundas por el camino.

Fiándonos de indicaciones más bien vagas, nos dirigimos hacia Abalak, hacia In Gall. Una de nuestras etapas es la ciudad de Tahua, con su mercado, sus casas de tapia, un hechicero que canta canciones zalameras y una actividad sospechosa por la zona de los mata-deros...

Y, de repente, en medio de la muchedumbre de africanos de etnias inextricables —haussas, buzús, tuaregs— recibimos la gran sorpresa. La primera impresión que te producen los bororos es difícil de olvidar. Nuestro pequeño intérprete, descendiente asimilado y escolarizado de una familia «peul» sedentaria, nos ayuda a establecer contacto con Korbo y su amiga Mogogo.

Mogogo es muy guapa, como suelen ser las mujeres nómadas, pero el hombre es aún más radiante. Casi un metro noventa de altura, largas zancas, calzones de cuero y una especie de capa negra cuyos pliegues descienden con gracia exquisita. Un velo en torno al rostro y sobre el velo, el soberbio sombrero cónico de los bororos, de paja trenzada y cuero rojo, adornado con plumas de avestruz.

Cuerno contra cuerno

Por debajo del sombrero brillan con suaves destellos los grandes



El último pozo aún utilizable, a diez kilómetros de Mont-Roland, en Senegal. Foto inferior, después de haber recorrido cincuenta y siete kilómetros de pistas y atravesado el cauce seco del río Guelbo, los camiones con viveres llegan a Gorom-Gorom. La gente se aprieta en torno a un oficial encargado de la distribución

AFRICA SE MUERE DE SED

ojos en forma de almendra. Nariz fina, cual pico rapaz. Boca perfecta, de labios ribeteados. En bandolera, la larga espada *takuba*, y en la mano, el bastón de pastor, del que jamás se separan los wodaabes. Imposible impresionar a Korbo. Está seguro de sí mismo, tranquilo, lejano. «a mil leguas de la sensación presente», como decía Stendhal de los dandies. De vez en cuando se lleva el bastón detrás de la nuca, con una gracia a la vez viril y, según nuestros cánones, femenina. ¡Qué gran tipo! Korbo ha venido a Tahua a por su parte de sorgo, que distribuyen las autoridades. Su padre y sus hermanos están en algún lugar del campamento... Sí, vendrá con nosotros, nos guiará. Mogogo ya se las arreglará por su cuenta. Ni el tiempo ni la distancia cuentan para los «peuls». Viven según el ritmo de los trabajos y los días.

«¿Queda aún mucho camino?» Es esta una pregunta sin sentido. Después de cincuenta kilómetros, Korbo sigue impenetrable. La maleza aparece seca. Se ven en los calveros manchas negras: es todo lo que queda de las charcas que normalmente deberían estar cubiertas de nenúfares y pobladas de pájaros. De cuando en cuando nos cruzamos con algún animal muerto. Pasamos cerca del pueblo haussa de Taguel, situado a cierta altura. En el pozo abrevan unas cuantas cabezas de ganado de aspecto escuálido. Dos camelleros tuaregs galopan por la pendiente. ¿Hacia dónde se dirigirán?

Otra aldea: Takalamat. Las cabafas y los grandes silos redondos de los haussas, que se asemejan a colmenas gigantes. Nos encontramos con un viejo jefe bororo tocado con un sombrero en forma de campana. «Por allí...». Llega un momento en que se acaba la pista. Atravesados dos puentes, el Range-Rover entra en plena maleza, salta rocas y montones de arena, sufre arañazos al pasar entre las acacias. Korbo lo encuentra todo natural. También el jefe Kiro Maiki, que, sin embargo, es la primera vez que viaja en automóvil. Maiki nos indica con la mano los itinerarios que siguen las cabras. Colinas y más colinas. El paisaje —¿cómo imaginárselo reverdeciente?— se dilata. A lo lejos se va perfilando una banda oscura, que pronto se eriza de cuernos. Llegan a nuestros oídos confusos mugidos. Allí parece hervir la vida. ¡Es el pozo!

Nos dicen que el lugar en cuestión se llama Maggia. Imagínese un área cuadrada de desierto cenagoso, sembrada de pozos. En virtud de propiedades y prioridades indiscutibles, centenares y centenares de vacas y bueyes flacos agardan cuerno contra cuerno, junto a los camellos y los asnos, su turno para abrevar. Las familias de wodaabes se van turnando para ex-

traer del pozo, que tiene una profundidad de diez metros, el agua turbia, sirviéndose de bolsas de cuero flexible. A veces se emplean bueyes para tirar de la cuerda del pozo, pero los animales están ya tan débiles que no sirven ni para eso. El agua se trasiega a grandes recipientes de madera, y cuando un animal ha acabado de beber, las muchachas llenan los odres de piel de cabrito y los atan al vientre de los asnos.

Los hombres nos rodean, nos estrechan la mano y nos miran, apoyados en sus bastones, con una de las piernas recogida a la manera de las zancudas. Las muchachas, apretadas unas contra otras, cargadas con niños a la espalda, nos señalan con el dedo y apartan púdicamente la mirada mientras se ríen. Las viejas de pechos caídos trabajan y trabajan, y por todas partes corretean, desnudos, los niños. Se oyen voces y gritos, los animales patean, chocan los bastones contra los cuernos, los hermosos pastores adoptan un aire lánguido. El calor es espantoso, pesado, paralizante. Estamos en el pozo de Maggia: el foro, el centro en torno al cual se desarrollará la vida de los wodaabes hasta que lleguen las lluvias.

Volteremos con frecuencia al gran pozo: allí es donde mejor se comprende a los bororos. Pero, en pleno día, para huir de este horno, vamos a refugiarnos en lo alto de la colina, en una ventilada cabaña de una aldea haussa. Allí nos visitan morabitos, que rezan para que lleguen las lluvias, aceptando a cambio donativos consistentes en cabezas de ganado. Sin embargo, los «peuls» no creen demasiado en esos santones. Llegan también pastores errantes, que van de aldea en aldea realizando oscuros negocios. Va cayendo la tarde, pero la luz sigue siendo blanca, lechosa. Entonces, desde lo alto de la colina, vemos a lo lejos —como en los frescos de Tassili— las siluetas de los grandes bueyes que vuelven a sus campamentos después de haber abrevado en el pozo. A través de la achicharrada maleza seguimos a uno de esos rebaños hasta el campamento del jefe Sannda.

El wodaabe marcha siempre al frente de sus bueyes. Destacado algunos metros de la primera línea, con su espada en bandolera y su bastón apoyado en la nuca, el wodaabe parece un general a la cabeza de sus tropas. Indiferente, apenas si nos mira, y son las muchachas, que siguen en grupo a los asnos que forman la retaguardia, las que vienen a bromear con nosotros.

Diariamente, o tal vez cada dos días, los tambaleantes y famélicos rebaños de animales recorren el camino que va del campamento al pozo y del pozo otra vez al campamento.

Contra la peste

Durante el día, junto al pozo, basta con tener los ojos abiertos. Por la noche, en el campamento, hay que escuchar. Cuando una cincuenta o más de vacas se apiñan en torno a los pilones de agua, el pastor no tiene más que pronunciar un nombre: «¡Yahé Guluru, yahé Jammai!», modulándolo debidamente para que el animal que lleva ese nombre avance o recule, según sea el caso. Cada vaca tiene un nombre, elegido con humor en muchos casos. En realidad, las vacas *bororo* son una especie de cebúes. Las encontramos en todas las leyendas «peuls», las relacionadas con los orígenes de este pueblo, y ya no se sabe bien si fueron los hombres los que engendraron al ganado o si ocurrió al revés.

Ya en sus primeros juegos, los niños cavan pozos en miniatura y confeccionan con palitos rebaños de bueyes. A partir de los doce años, los muchachos se dedican a cuidar de los rebaños de verdad, pasando todo el día en el chicharro con una calabaza llena de agua y una flauta. Su primera proeza consiste en montar un novillo bravo... Para que las vacas obedezcan, el pastor les arroja desde lejos el bastón a los cuernos, y los animales comprenden. Hace más de un siglo, los «peuls» descubrieron empíricamente la vacuna contra la peste: aplican la sangre del animal enfermo a través de incisiones practicadas *ad hoc*. Cuando un ternero no sabe mamar, el hombre le da su dedo a chupar, para que aprenda, e incluso le inyecta la leche con su propia boca.

Contra la esterilidad, el remedio es simple: basta con soplar energicamente en la vagina de la vaca. También me han contado que para defenderse contra los bandidos tuaregs, los bororos —que sin ser guerreros no se dejan pisar el terreno— emplean sus vacas como arma de guerra. Las vacas son más terribles que los toros. Según la etnóloga Marguerite Dupire, el «peuls» capaz de modular ultrasonidos que reagrupan al rebaño en torno a sí o le incitan a cargar contra el enemigo.

Valgan estos ejemplos para ilustrar la íntima simbiosis existente entre los bororos y su ganado. Pero lo esencial, una vez más, es caminar delante de los bueyes, y cuantos más bueyes, mejor.

El coraje que muestran los «peuls» ante la muerte masiva del ganado, el coraje con que hacen frente a su propia aniquilación, no puede, pues, interpretarse como indiferencia. Un wodaabe no debe bajo ningún pretexto confesar sus pérdidas, lamentarse de su miseria: ello equivaldría a perder la dignidad. Un hombre sin ganado no es un hombre. En las calamidades no es raro que los menos afectados presten parte de su ganado a

los que lo han perdido casi todo para ayudarles a «ir adelante».

Siempre y cuando puedan «caminar al frente de sus ganados» y alimentarse de la leche de sus vacas, los bororos tienen una extraordinaria capacidad de resistencia contra todo lo que pudiese comprometer su equilibrio cultural. Mientras duró mi estancia entre los wodaabes, aparte de una o dos viejas camisas, no vi un solo objeto manufacturado de procedencia europea, ningún utensilio «moderno», como los que se ven en el resto de África. Los indios amazónicos disponen de hachetas e incluso de fusiles: los bororos, a pesar de que acuden con frecuencia a los mercados de las ciudades, no quieren ni oír hablar de esos utensilios o armas. Son muy pocos los que se interesan por la artesanía. Con las vacas tienen suficiente.

En el campamento del jefe Sannda tuve ocasión de examinar el tesoro de las mujeres: el equipaje *kaakol*, que es todo lo que posee la familia. Un buey es el encargado de transportarlo cuando la familia se pone en marcha para dirigirse a nuevos pastizales. ¿Qué contiene el tesoro? Calabazas naturales, las patas de madera de la cama bajo la cual duermen juntos los niños y los cabritillos, el mortero para moler el mijo, las esteras y los sombreros que fabrican los «peuls». No hay entre ellos herreros. Las espadas, las azagayas y las puntas de flecha se las compran a los haussas, a los que pagan en especie. Lo mismo ocurre con los calzones y los odres de cuero... Las mujeres no quieren ni saber hacer galletas fritas de mijo. Todo eso está bien, tratándose de sedentarios, es decir, de castas serviles. Muchas vacas, pocos objetos, es difícil ser tan poco consumidor y, en época normal, mostrarse, a pesar de todo, tan satisfechos de la vida.

Sin una queja...

Otro día, el jefe Sannda nos pidió que le acompañásemos a un pequeño pozo situado entre el campamento y Maggia. «Se asustarán de ustedes —nos explica— y nos dejarán sacar agua...». Hay en la región pozos particulares y pozos llamados «públicos», y es peligroso saltarse estas reglas a la torera. Antes de salir, hemos ido a ver a una vaca que acababa de parir. El recién nacido era una cosa fofa, cubierta de arena. La madre, naturalmente, no tenía leche. No podía siquiera ponerse de pie. Los hombres trataron de levantarla retorciéndole el rabo, tirándole de los cuernos, pasándole bastones por debajo del vientre. Los animales que se quedan tendidos en el suelo acaban muriéndose. De pie tienen al menos alguna probabilidad de sobrevivir, si es que la lluvia llega a tiempo. A lo largo de

la pista veremos con frecuencia a pastores tratando de levantar a vacas moribundas.

Junto al pequeño pozo volvimos a hacernos sacrílegas preguntas en torno a la ayuda técnica que sería posible brindarles a los bororos. Con sus bolsas de cuero y el trabajo de sus músculos, estos hombres sacan del pozo unos doce litros de agua cada cinco minutos. Bien poco. Si embargo, con una bomba a motor el pozo se quedaría seco en cuestión de horas... La ecología no se deja atropellar en esta región.

Hemos vuelto varias veces al gran pozo de Maggia, el más animado de todos cuantos hay en la zona. La pequeña Fatimatú, tan hermosa cuando lleva a abreviar a sus animales, es imposible de olvidar. Recuerdo que la requerían de amores dos chalanes haussas, pero la muchacha se plantó y no quiso irse con ellos. He de confesar que la negativa de Fatimatú me llenó de gozo.

Bolkori, sin embargo, es otra cosa. Bolkori era un poco viejo, y por su aspecto daba hasta pena. Nada tenía del clásico adonis «peul». Dulce, cortésmente, Bolkori nos pidió un poco de té. «Cuando no bebo té, me duele la cabeza». No teníamos té. Acuciado por nuestras preguntas, el hombre terminó por contarnos que se le habían muerto sus treinta vacas, que sólo le quedaban cuatro ovejas incapaces de dar leche y que la familia comenzaba a apretarse el cinturón. En tres días, Bolkori había ido a Tahoua; ciento cuarenta kilómetros a pie, ida y vuelta. Por oscuras razones no había recibido su ración de millo. Con una sonrisita en el rostro, nuestro interlocutor se frotó el vientre primero; luego, la boca. ¡Qué gesto universal! No hacía falta intérprete.

Desde hace un mes, algunos organismos oficiales tratan de contribuir con su ayuda. El Gobierno nigeriano, aunque algo tarde, hace lo que puede. Aterrizan en Agadès y en Niamey aviones belgas con alimentos. Los argelinos han enviado camiones a través del Sahara. Hay en las ciudades depósitos de grano que se vende a muy bajo precio a los afectados por la catástrofe. Yendo hacia las salinas de Tegguidda N'Tessom, en el desierto, al Norte de In Gall, tuve ocasión de ver un campamento targui que se mantenía sólo gracias a las limosnas cotidianas, y debo decir que no era un espectáculo precisamente alentador. Pero eso no afecta a todas esas etnias del Inmenso Níger, a las gentes de la sabana y de las montañas del Air, como aquella mujer targui que, aislada del mundo, vivía con sus hijos junto a un miserable pozo seco para que su familia conservase sus derechos hereditarios sobre el mismo. Imprevisión. Naturalmente. Es



Montones de esqueletos de ganado que sucumbió con la sequía, a cinco kilómetros del Norte de San Luis, en el Senegal.

AFRICA SE MUERE DE SED

verdad que la Organización de Estados Africanos, reunida hace apenas dos meses no ha dado la señal de alarma. Es también verdad que hay etnólogos y agrónomos europeos en el Sahel que no han alzado la voz. ¿Y los mismos bororos? También ellos se han mostrado imprevisores. Saben que todos los años, antes de que lleguen las lluvias, se atraviesa un período crítico, y, sin embargo, no hacen acopio. No es su costumbre. Prefieren ir de un lado a otro, buscar nuevos pastizales, aun cuando no queden más, porque son nómadas.

Los pocos médicos africanos que hay prefieren instalarse en el extranjero o trabajar en el marco de organismos internacionales en lugar de deslomarse en la sabana por un salario de miseria. Existen en las ciudades buenos hospitales, en los que trabajan voluntarios europeos. Pero los nómadas apenas recurren a ellos. ¿Solución moral? Enviemos médicos urgentemente al territorio de los bororos para que cuiden a los niños y los viejos, para que reduzcan la mortalidad infantil, etcétera. Perfecto. Disminuirán los efectos de la selección natural, los bororos se multiplicarán

e, incapaces de resistir como hasta ahora en la sabana, se verán obligados a abandonar sus vacas y trocarán sus calzones de cuero por monos de obrero.

¿Qué hacer, entonces? Sinceramente, después de haber estado allí, no lo sé. Tal vez utilizar medios términos sutiles...

Al subir hacia Agadès, las dimensiones del desastre se aprecian mejor que en torno al pozo Maggia. Incluso las charcas permanentes, donde graznan los patos, se transforman en barrizales secos y resquebrajados, donde se pudren los camellos. En 1970 se registraron cuarenta milímetros de lluvia en el Níger del Norte. Setenta y cuatro milímetros en 1972. Contra una media de ciento sesenta y cuatro. Los paradisiacos oasis del Air encogen sin cesar y poco a poco se van quedando secos. Los antiguos pastizales se convierten en desierto: el año pasado, después de que cayese un poco de lluvia, que hizo brotar la hierba, el sol lo achicharró todo, incluso las semillas. Las vacas que aún quedan por la pista no quieren ni moverse.

Poco antes de llegar a Abalak somos testigos de una escena bastan-

te pintoresca. Un grupo de haussas y musculosos malies cortan en pedazos la carroña que se han encontrado, ahuman los trozos en una hoguera y los guardan luego en sus bolsas. Recogen las vacas muertas o pagan tres céntimos por las que están a punto de perecer. Estos animales moribundos o muertos son cargados en camiones para ser luego vendidos en el Mali. Mientras tanto, se hierven las cabezas y las tripas en viejos toneles de gas-ol. Todo el cementerio apesta. Unos cuantos bororos, azagaya en mano, asisten flemáticamente a esta escena.

Algo más lejos encontramos a un grupo de nómadas. Los buzúes —son los antiguos esclavos negros de los tuaregs, que siguen dependiendo en mayor o menor grado de sus antiguos propietarios— venden los sacos de paja a dos mil quinientos francos C.F.A. (1) cada uno. Me cuentan que los mozalbetes buzúes recogen la paja puñado a puñado en la región de Tahua, precisamente en la zona en la que el ganado de los wodaabes se muere de hambre. Pero los bororos no espigan: ellos se limitan a caminar al frente de sus bueyes.

En un lugar llamado Tari Tarka vimos posados sobre las acacias, al borde de la pista, grandes comedores de carroña que aguardaban su turno castañeteando con sus picos. Era de noche. Los haussas bailaban en torno a la hoguera, y aquel campamento improvisado por el hambre era como un mundo loco. Maravillado, escuché cómo cantaban en la oscuridad tres bororos, dos pastores de aspecto formidable y una mujer. Aquellas gentes habían llegado de muy lejos, de Keita, de Tehinta e incluso —aunque no tenga pruebas de ello— de Billa, localidad situada a mil kilómetros de distancia, detrás del terrible desierto del Ténéré.

Libertad sexual

Nos instalamos para pasar la noche al borde mismo del campamento. Un joven mercader árabe que vino a verme, me habló de los bororos. Yo, al principio acogí, sus palabras con cierta desconfianza, pero en París, la etnóloga Marguerite Dupire me lo confirmó casi todo.

Un poco sorprendido por mi pregunta, el árabe me aseguró que los jóvenes pastores «peuls», hermosos como lánguidos Ganimedes, no son en ningún caso homosexuales. A lo más que llegan es a hacer el amor con los animales: las vacas, por ejemplo.

Es tal la libertad sexual entre los jóvenes bororos, que la pederastia institucionalizada no tiene sentido.

(1) Francos C. F. A.: Valor convencional del franco para las transacciones comerciales entre Francia y algunas de sus antiguas colonias.

—Cuando un niño cumple cinco o seis años, su padre le elige una novia y sacrifica un buey de vez en cuando en honor del padre de la muchacha. Esta puede salir con otros chicos y aquél con otras chicas, pero los novios pueden evitarse, pues lo contrario sería vergonzoso, opuesto al *nbodaangaku*, a la costumbre.

—¿Y si la hija queda encinta?

—No importa. La única que cuenta es la paternidad de tradición.

—¿Cómo debe portarse la mujer casada?

—Mientras no tenga hijos puede ir a hacer el amor con alguien que le guste o elegir un amante después del baile *gerewol*, en el que participan, maquillados, todos los jóvenes. Una vez que la mujer tiene un hijo, las cosas cambian. Un adulterio puede originar una pelea a garrotazos o con espadas *ta-kuba*.

—Ahora que los animales se están muriendo, ¿sigue habiendo fiestas?

—Claro que sí. Los bororos organizan fiestas para demostrar que no son tan infelices, que no les va tan mal con sus vacas. Y acuden los invitados para demostrar que ellos tampoco están tristes.

A pesar de sus rígidas costumbres, los bororos más astutos se las arreglan bastante bien en la ciudad. Un joven que yo conocí y que no había renunciado a su indumentaria «peul» ganaba cinco mil francos C.F.A. al mes como guardián de no sé qué. Tenía un transistor, el único aparato de este tipo que he visto jamás en manos de un bororo. En otra ocasión, me sorprendió el reducido número de muchachas que había en un campamento. Un buzú me explicó: «Se dedican al comercio...». Es decir, se prostituían en las ciudades. El subprefecto de Maradi parece ser que declaró al respecto, confundiendo los efectos con las causas, que si no llovía era por culpa del gran número de putas que había en la región.

Dos jóvenes franceses que viven desde hace ya bastante tiempo con una familia de «peuls» del Sur me han contado que los jóvenes comienzan ya a fumar —los verdaderos «peuls» no fuman jamás— y que renuncian a dirigir los rebaños. ¿Qué harán estos jóvenes pastores cuando rompan definitivamente con sus vacas? Tal vez no les quede otro remedio que dedicarse a picar ocho horas al día en las minas de estaño de El Kibi para ganar cuatro reales... Caminarán así en el sentido de la Historia, con todo lo que esto significa en cuanto a modernización, sedentarización, proletarización... ¡Qué amarga victoria habría cosechado así la sequía!

Existen, sin embargo, otras iniciativas, bien nigerianas, bien europeas, tendentes a modificar de

un modo menos brutal la suerte de los nómadas de la franja sahariana. Sin embargo, nada demuestra por el momento que con dinero y ciertas técnicas agronómicas pueda hacerse menos mal que dejando que los elementos actúen por su cuenta.

Por ejemplo, el proyecto de fertilización del Irhazer, en extremo costoso, permitirá que varios centenares de nómadas se conviertan en cultivadores. Eso está muy bien siempre y cuando los interesados se muestren de acuerdo, pero es prácticamente imposible generalizar este procedimiento. Se trata de una operación de lujo, por no decir de prestigio.

Más razonablemente se ha pensado en ayudar y educar a los «peuls», abriendo nuevos pozos, vacunando y seleccionando los animales, etc. Muy bien. Pero los nómadas dispondrán así de más vacas, y estas vacas consumirán más pastos, con lo que la miseria será mayor cuando se abata sobre ellos la siguiente sequía. Se les podría enseñar a almacenar el forraje, a sustituir la cría extensiva por la intensiva. De acuerdo, pero habrá que enseñarles al mismo tiempo a dejar de ser «peuls». Decididamente, una visita a los bororos le convierte a uno en conservador, en el sentido político y museológico de la palabra. Mal que a uno le pese.

Es duro ser justo y bueno para con los subdesarrollados. Vaya usted y dígame a los bororos que no hay que cortar las ramas vivas de los árboles que aún quedan en el Sahel para prolongar la vida de una vaca. Dígame que las cabras acaban con todo e impiden el retorno de los bovinos; dígame esto cuando a sus niños les falta la leche. Es preciso hacer algo, pero hacerlo con tacto, con mucho tacto. Hay que proporcionarles millo para ayudarles a salir de apuros, a reconstruir la cabaña. Es preciso actuar con prudencia y con amor. Un amor que no se articula bien, es verdad, con el puro beneficio, el neocolonialismo y la «cooperación». Pero, mientras tanto, de aquí a quince días ya no quedarán más vacas en esta zona.

«¡El agua está cerca, la sentimos!», decían los wodaabes olfateando el viento nocturno. Cuando llueva, si es que llueve, será la alegría, la resurrección. Toda la zona se cubrirá de gramíneas en cuestión de días. Pero no se habrá ganado, sin embargo, la partida: las vacas se ahogarán en los charcos, reventarán de cansancio y debilidad. Los microbios de la carroña, vivificados por la humedad, envenenarán los pozos. Mas, si no es demasiado tarde, los bororos lograrán salir del apuro para seguir siendo bororos, para seguir caminando al frente de sus bueyes. Estos hombres tienen muchas cosas que enseñarnos. Tal vez más que nosotros a ellos. ■ J.-F. H.

estamos escribiendo la nueva historia del arte



GAZETA DEL ARTE

Es la revista de arte
que, quincenalmente, aborda
los problemas estéticos
y comerciales del mundo
de las exposiciones,
las subastas y las antigüedades.
Es el gran archivo de la
pintura y la escultura de nuestro
tiempo. Es una revista para
leer y para guardar.
Vale la pena ser suscriptor

SI DESEA SUSCRIBIRSE
REMITA ESTE CUPON A

**PUBLICACIONES
CONTROLADAS, S.A.**
Sánchez Pacheo, 81 - Madrid-2

T. D. DOMICILIO
POBLACION
DESEA SUSCRIBIRSE POR 24 NUMEROS
A GAZETA DEL ARTE
SUPERFICIE 140x210MM 1950
 TALON ADJUNTO
 REMEMBRO

EL precio de la suscripción por 24 números consecutivos es de 1.400 pesetas en envío por superficie y de 1.600 pesetas en envío aéreo. Con la suscripción usted se garantiza la recepción periódica y puntual de GAZETA DEL ARTE

CORTE Y ENVIE ESTE CUPON